RESEÑAS

Zygmunt Bauman y Leonidas Donskis, *Ceguera moral. La pérdida de sensibilidad en la modernidad líquida*, 2015, Barcelona, Paidós.

RECEPCIÓN: 20 de febrero de 2017.

APROBACIÓN: 4 de abril de 2017.

Esta obra, recientemente publicada en español, recoge una larga conversación sostenida por Bauman y Leonidas Donskis, profesor de la Universidad Vytautas Magnus, Lituania, después de una conferencia que dictó ahí Bauman en 2010. El primer tema que abordaron fue el que da título a la obra, pero se integra con otros que resaltan por su importancia.

El interés de Bauman por temas relacionados con “los Otros” (y aquí aparece el interés por la “ceguera moral” que resulta de la insensibilidad hacia la dimensión moral que especifica a “los otros” seres humanos y que es propia de la modernidad líquida) se explica por la decisiva influencia que ha tenido en su pensamiento y doctrina la obra de Emanuel Levinas, cuyo tema central de reflexión —o al menos uno entre otros igualmente importantes— ha sido la riqueza y la tarea que se descubren en nuestras relaciones con “el Otro”. Bauman no duda en considerar a Levinas “el mayor pensador ético del siglo xx” (p. 11).

La ceguera moral, característica de la modernidad líquida, fue resaltada por Hannah Arendt al hacer notar, tras ser testigo del juicio de Eichmann en Jerusalén, que el mal en este caso específico, pero que se ha hecho habitual, no brota de monstruos morales notables por una inteligencia sumamente perspicaz o una voluntad demoledora capaz de someter multitudes, sino que es obra de una persona mediocre que sabe cumplir rigurosamente con sus obligaciones burocráticas. Ninguna reflexión acerca del sentido profundo que poseen las órdenes que obedece, ningún cuestionamiento sobre las con-

RESEÑAS

secuencias de sus actos, sino la cuidadosa ejecución de las órdenes que se le impartieron.

La destrucción de la vida de un extraño, sin la menor duda de que cumples con tu deber y de que eres una persona moral, es la nueva forma de mal, la forma invisible de maldad en la modernidad líquida, junto a un Estado que se rinde o se entrega completamente a esa maldad; un Estado que solo teme la incompetencia y quedar rezagado respecto a sus competidores, pero que ni por un momento duda de que las personas no son más que unidades estadísticas. [p. 19]

Las otras personas desaparecen en su realidad única e irrepetible, en su individualidad propia y extremadamente rica, para convertirse en el término de una red social que crea el mundo tecnológico y que nos hace creer que en este mundo de relaciones sociales, los otros son alcanzables y sustituibles en cualquier momento. De manera paradójica, los contactos personales disminuyen y las relaciones sociales aumentan de manera vertiginosa. El libro se presenta como “un diálogo sobre la posibilidad del redescubrimiento de un sentido de pertenencia como alternativa viable a la fragmentación, la atomización y la resultante pérdida de sensibilidad. También es un diálogo acerca de la nueva perspectiva ética como única salida a la trampa y a las múltiples amenazas planteadas por la ‘adiahforización’ (es decir, la indiferencia moral ante determinados actos) de la humanidad presente y su imaginación moral” (p. 22).

Como precisa Bauman, la designación de “insensibilidad moral” representa una metáfora derivada del uso incorrecto o desviado de órganos de los sentidos externos —ópticos, auditivos, olfativos o táctiles— que acarrea la incapacidad para percibir estímulos que en condiciones “normales” transmitirían imágenes, sonidos u otras sensaciones. Tal insensibilidad puede ser drástica si nos impide permanentemente experimentar la sensación de dolor, la que surge como una alerta o advertencia frente a algo que requiere ser corregido o atendido.

De manera semejante, en el mundo líquido las relaciones personales se han reducido a las de consumidor-mercancía, lo que conduce a tratar a los demás exactamente como objetos que prometen una utilidad, como productos que nunca aparecen como interlocutores, que no requieren lealtad ni hacia los cuales nos vemos llevados a prometer lo mejor de nosotros mismos. Es lo contrario lo que acontece: los otros, reducidos a papel de mercancías, despiertan interés tan solo por la necesidad que prometen satisfacer, por las

cualidades estéticas con las que se presentan (aunque esta idea pertenece más bien a la obra de Lipovetsky), por el uso al que se destinan... y tales objetos-mercancías son atractivos por el placer que prometen, por el interés que suscitan, por la curiosidad que despiertan, solo que son reemplazables fácilmente por nuevos objetos que han sido pensados y producidos precisamente para sustituirlos y hacer del consumo un movimiento perpetuo. “Una actitud consumista puede lubricar las ruedas de la economía, pero lanza arena en los engranajes de la moralidad” (p. 26). Consecuencia de ello es que “la insensibilidad moral inducida y artificial tiende a convertirse en una compulsión o ‘segunda naturaleza’ —un estado permanente y casi universal—, mientras que el dolor moral es despojado de su saludable labor de advertencia, alerta y agente activador” (p. 27).

El capítulo “De los demonios a las personas terriblemente normales y cuerdas” se entiende mejor haciendo referencia al tema central de la obra *Vigilancia líquida*, pues se hace ver cómo nuestro mundo se caracteriza por la pérdida de privacidad, que hace desaparecer lo más íntimo del individuo autónomo y que conduce a la eliminación de la libertad política. La modernidad busca obtener un control completo de la persona, y por ello, obras como *Un mundo feliz* de Aldous Huxley o *1984* de George Orwell poseen un carácter premonitorio.

¿Cómo se realiza este proceso de anular las reacciones morales, de hacer parecer que todo es insignificante, carente de relieve y de consecuencias morales? Los autores analizan con cuidado algunos de estos procedimientos, entre los cuales figura hacer que aquello que es monstruoso desde el punto de vista moral se vuelva rutinario y carente de significado. De este modo, por ejemplo, las mujeres tejían calcetas mientras la guillotina hacía rodar decenas y cientos de cabezas en la Plaza de la Concordia. Volver comunes la violencia y los asesinatos durante la guerra les quita notoriedad, del mismo modo que los constantes escándalos políticos reducen o eliminan la sensibilidad social y política de la gente.

Nuestro país, México, presenta ejemplos, lo cual no puede uno menos que recordar cuando se afirma, digamos, que “la violencia exhibida cotidianamente deja de provocar estupor o disgusto. Arraiga, por así decirlo, en nuestro interior” (p. 55).

Y si en la modernidad “sólida” quien más se preocupaba por volver todas las acciones irrelevantes o insignificantes desde el punto de vista sociopolítico moral era la burocracia, hoy esa tarea parece haber pasado a los mercados. Gracias a ellos se vuelve “normal” o “natural” que los ricos sean cada vez más ricos, que los pobres sean cada vez más pobres y que los causantes de

RESEÑAS

las grandes crisis económicas no solo no sean sancionados, sino que continúen recibiendo reconocimientos y mayores estímulos económicos.

En este medio de “ceguera moral”, “lo que hoy es ‘bueno para ti’ mañana puede ser reclasificado como veneno. Compromisos aparentemente firmes y acuerdos firmados con solemnidad pueden zozobrar de la noche a la mañana. Y las promesas, o la mayoría de ellas, parecen establecerse únicamente para romperlas o traicionarlas” (p. 59). Se llega de esta manera a lo que Marcuse denominaba “el hombre unidimensional”, que vive en una sociedad progresivamente indiferente, insensible, apática y despreocupada.

Resulta interesante la observación de Donskis de que países de la Europa Central (de los cuales Lituania forma parte) se han entregado a nuevos experimentos de gestión para que las universidades se vuelvan organismos semi-corporativos gestionados como empresas que brindan servicios y eficiencia, en lugar de investigaciones serias y originales y enseñanza de alto nivel.

El capítulo segundo está destinado a estudiar “La crisis de la política y la búsqueda de un lenguaje de la sensibilidad”. Ahí se afirma que es característica de nuestra época que la tecnología (poder) se ha separado y ha dejado atrás a la política y que “lo que nosotros, en nuestra política posmoderna, tratamos como cuestiones públicas, muy a menudo son problemas privados de figuras públicas” (p. 71). Hoy existe una verdadera obsesión por el poder, en la que se considera a los seres humanos como meras estadísticas.

Gracias a la avanzada tecnología, los periódicos y, sobre todo, las fuentes electrónicas de noticias (que los han sustituido) han asumido el control total, o casi total, de la elección de sus objetivos. Esto hace de las modernas tecnologías poderosos instrumentos que pueden usar la libertad de expresión “para la paz y la seguridad” o, por el contrario, como los medios más eficaces para establecer y fortalecer los peores regímenes totalitarios. Y es que “la vigilancia a través de las redes sociales es mucho más eficaz gracias a la cooperación de sus víctimas” (p. 77). En las redes sociales la vigilancia es voluntaria y autoinfligida.

Por ello se profundiza el divorcio entre el poder —la capacidad de hacer cosas— y la política —la capacidad de decidir lo que se debe hacer—, y la consecuente incapacidad de la política de los Estados nación para llevar a cabo sus objetivos. “Por un lado existe el poder, que acampa a sus anchas por las extensiones globales, libres de control político e independiente para seleccionar sus propios objetivos; por otro, está la política, despojada de casi todo su poder, músculos y dientes. Nosotros, individuos por decreto del destino, parecemos abandonados a nuestros propios recursos individuales” (p. 81).

He aquí el drama que vivimos. En estas condiciones, la solidaridad social y la responsabilidad comunitaria se han evaporado, “la idea de justicia social ha quedado comprometida, la vergüenza y la condena social vinculadas a la avaricia, la rapacidad y el consumo ostentoso se han borrado, y estas actitudes han sido recicladas y convertidas en objetos de admiración pública y culto a las celebridades” (p. 85). Este análisis esclarece con gran sagacidad la realidad que se vive en numerosos países, y en particular ilustra la tragedia presente en México.

Pero, agrega Bauman, esta sociedad de consumo produce una nueva formación social, el “precariado”, indicativa de una extrema desintegración social, pulverización y atomización. El precariado, aquejado por los muy pocos trabajos disponibles y la enorme dificultad para encontrar empleos sólidos y estables, perseguido por el fantasma del desempleo y la reducción de categoría social, afectado básicamente por una gran incertidumbre existencial, se caracteriza por la ignorancia, la impotencia y por ser fuente inagotable de humillación.

Claro que en estas condiciones, todo discurso que se haga con referencia a la solidaridad parecerá ridículo. Es que, además, se ha pasado de una época en la cual se procuraba extender un control en la desigualdad social y en la que cada parte tenía un interés personal en mantener al otro en juego, a una nueva época en que las clases medias se reducen y el proletariado cae en el vacío del precariado. En este nuevo medio, lo que prevalece son las “vidas desperdiciadas”, “descartables” o “inútiles”, cuyo número aumenta sin cesar. Son “los olvidados”.

No llama la atención que en este panorama los intelectuales posean muy pocas posibilidades en comparación con las celebridades y las estrellas de cine y televisión. Es una sociedad dominada por las imágenes, en las cuales campea la banalidad y lo auténtico se vuelve extraño.

Donskis apunta que estas notas propias del liberalismo occidental se han propagado igualmente por Europa del Este, donde “el liberalismo ha sido confinado a la defensa tecnocrática del libre mercado y la resultante y vulgar interpretación económica del mundo” (pp. 99-100). Esto ha generado dos tipos de totalitarismos líquidos: uno representado por el patrón chino de la modernidad, opuesto a la modernidad occidental, caracterizado por su fórmula de capitalismo sin democracia o libre mercado sin libertad política. El otro es la Rusia de Putin, con su idea de democracia controlada, sostenida por la mezcla de nostalgia por la grandeza del pasado soviético y un fuerte terror de Estado que se pone en manos de bandas criminales. Detrás de todo, está

la ausencia cada vez más evidente de un Estado que sea instrumento efectivo de transformación y acción.

El capítulo tercero se sitúa “Entre el miedo y la indiferencia: la pérdida de la sensibilidad”. Se profundizan tesis expuestas principalmente en la obra *Miedo líquido*, en la cual se asientan, como en el presente diálogo, dos causas principales del miedo que se vive en la modernidad líquida. La primera está tomada de las tesis de Sigmund Freud en *El malestar en la cultura*, de 1929, cuando explica que el ser humano está sujeto a tres temores básicos: el poder superior de la naturaleza, la debilidad propia de nuestros cuerpos y otros seres humanos. Las dos primeras causas del temor han sido bastante controladas, pero la tercera permanece siempre incierta. En ese sentido, para que se realice la libertad, se han impuesto limitaciones por causas de seguridad.

El tiempo ha pasado, el individualismo se ha afianzado y el liberalismo se ha fortalecido. Esto ha hecho aparecer la segunda y probablemente más importante causa del temor en nuestra modernidad líquida: un temor que se ha convertido en mercancía de consumo y se ha sometido a la lógica y reglas del mercado, “un miedo que también ha llegado a ser una mercancía política, una moneda utilizada para gestionar el juego del poder” (p. 131). Ello, porque el individuo debe atender las necesidades más importantes que se presentan a su existencia, y si habían sido manejadas y resueltas en el pasado gracias a la ayuda del Estado, este ha cambiado de estructura y ha dejado la satisfacción de tales necesidades a los solos particulares. El Estado ha dejado de justificarse en la búsqueda del bienestar de sus integrantes y, lógicamente, busca una nueva forma de justificación. La ha encontrado en brindar seguridad o protección frente a los temores que amenazan a sus miembros. Muchos de estos temores provienen de encontrarse solos los individuos, pero igualmente otros miedos son descubiertos e impulsados por el propio Estado. “Sembrar las semillas del miedo permite recoger abundantes cosechas políticas y comerciales” (p. 133). En esta sociedad individualista, se refuerza el cultivo de la sospecha mutua y se debilita la confianza en los otros seres humanos. Muy pronto, “los extraños” son presentados como un serio problema de seguridad. “No hay necesidad de que el poder político contribuya a la producción de incertidumbre y al estado derivado de la inseguridad existencial; los caprichos del mercado bastan para erosionar los cimientos de la seguridad existencial y mantener el espectro de la degradación social, la humillación y la exclusión rondando sobre la mayoría de los miembros de la sociedad” (p. 135).

En este ambiente aumenta naturalmente el desinterés y la falta de compromiso político, la insensibilidad frente a los problemas de los otros y la apatía provocada por tragedias que se han vuelto rutinarias. Al mismo tiempo, quienes aparecen como extraños o inmigrantes, como delincuentes y miembros de grupos terroristas, como asociados de bandas juveniles violentas, como holgazanes y agresores... todos aumentan el miedo que existe en nuestra modernidad.

En el quinto capítulo, “Arrasar la universidad: el nuevo sentido del sinsentido y la pérdida de criterios”, se retoman ideas expuestas en *Sobre la educación en un mundo líquido*. Se subraya la importancia que tiene una auténtica universidad, en la cual es imposible trabajar con el criterio de resultados rápidos y eficientes. Pero esto es lo que muchas veces se pretende, y como consecuencia, resulta muy difícil explicar lo contrario “a un ministro burócrata que ha contado el número de publicaciones y ha sumado los puntos” (p. 172). Es muy fácil, en este sentido, sacrificar las humanidades a “los creadores y consumidores de comida basura académica”. En estos términos, “¿qué significa la libertad académica para la burocracia y una clase política simbióticamente unida a ella? Nada más que un impedimento para lograr una forma de control tecnológico que exige a profesores e investigadores el sometimiento a informes estandarizados de sus actividades, informes que proporcionan la base para la distribución y el gasto de financiación pública” (p. 173).

Bauman denuncia la “gran mentira” que difunde el mito según el cual el sistema de libre mercado es el único mecanismo para asegurar la libertad humana y proteger la democracia. Y afirma:

Podemos estar de acuerdo en que la misión de la educación, desde que los antiguos la articularon con el nombre de *paideia*, era, es, y probablemente seguirá siendo durante mucho tiempo, la preparación de los recién llegados para vivir en la sociedad que les ha tocado. Sin embargo, si esto es así, entonces la educación (incluida la universitaria) afronta la más profunda y radical de las crisis en una historia ya de por sí rica en crisis; afronta un tipo de crisis que afecta no solo a lo que hasta ahora eran los modos habituales de actuar y reaccionar, sino a su propia razón de ser: se espera que preparemos a los jóvenes para la vida en un mundo que (no en la práctica, sino en la teoría), hace de la propia idea de “estar preparado” (es decir, adecuadamente entrenado y adiestrado, listo para que los acontecimientos y las tendencias mudables no nos cojan por sorpresa) algo vacío y desprovisto de sentido. [pp. 178-179]

RESEÑAS

Esto ocurre en una sociedad en la que el consumo es absolutamente prioritario, en la que se comercializan los nuevos productos y solo más tarde se buscan sus aplicaciones. Muchos, quizá la mayoría, terminarán en la basura por no haber encontrado ninguna.

En este mundo se vuelven habituales las relaciones humanas sin compromiso y con una duración y alcance sin definir. Si el interés despertado por el otro disminuye o desaparece, no se ve ningún motivo para mantener la relación. Las personas se tratan como objetos, como meras mercancías interesantes por su novedad y utilidad. Es el mundo para cual la educación debe capacitar. He ahí el problema central que se afronta con esa tarea. Esta realidad, que muchas veces ha sido vista como la “liberación” del individuo, representa el proceso que explica la ceguera moral, la indiferencia respecto de los otros en tanto personas. Y en esta modernidad líquida “el celo consumista se redefine como virtud ciudadana y la actividad consumista como el cumplimiento del deber principal del ciudadano” (p. 189).

Así, es posible explicar mejor a la llamada “Generación Y”, integrada por los jóvenes que actualmente tienen entre 20 y 30 años, experta en navegar en internet, acostumbrada a no tener un empleo fijo, a cambiar de trabajo y de jefes con frecuencia, caracterizada por un “cinismo laboral” creciente y que, naturalmente, carece de todo compromiso con las empresas en las cuales presta sus —siempre precarios— servicios.

La obra termina con una reflexión acerca de *La decadencia de Occidente*, de Oswald Spengler que conduce a meditaciones muy interesantes e incisivas sobre el Estado nación, que nace con el encuentro de Augsburgo de 1555. Entonces se consolidó la idea de la soberanía territorial, que, en la modernidad líquida, cedió el puesto a los mercados financieros mundializados. Entonces se ve la desproporción entre los Estados nación y los actores globales, la total inadecuación entre las posiciones de los primeros frente a los problemas creados por los segundos. Los actores globales, verdaderas fuerzas “que nadie ha elegido y que nadie es capaz de limitar, controlar o guiar” (p. 230), se encuentran en constante colisión con los Estados, que reivindican en aras de su soberanía el derecho a la obediencia de sus integrantes, haciendo valer la comunidad de destino, bienestar e historia nacional. El enfrentamiento es totalmente asimétrico y “la manifiesta ausencia de mediaciones políticas globales capaces de alcanzar la capacidad que esos poderes han logrado ya, y recuperar el control perdido sobre ellos es, presumiblemente, el principal obstáculo en el áspero y agitado camino hacia una ‘conciencia cosmopolita’ que abraza la nueva interdependencia global de la humanidad” (p. 234). Lo que se constata es que “la distancia entre la esfera de acción de la interdependencia y el

alcance de las instituciones involucradas es ya abismal, y día a día se hace más ancha y más profunda” (p. 235).

El caso que presenta Europa es por demás aleccionador. Se busca una unidad que está lejos de haber sido adquirida, y lo que se constata es la falta de una visión compartida de una misión colectiva. Claro que en Europa se enfrentan desafíos que no pueden ser resueltos por los Estados nación por separado, como, por ejemplo, las migraciones o el terrorismo, el control de conflictos armados o las drogas, los mercados financieros o las respuestas militares a crisis dentro o fuera del mismo continente. A los Estados nación les cuesta un esfuerzo enorme aceptar que son incapaces por sí solos de responder a esos desafíos mundiales.

En diversas obras, interpretativas de la historia o de carácter premonitorio, se ha advertido del peligro de una sociabilidad moribunda, del uso y abuso de uno mismo y de los demás, de los peligros de un mundo atrapado por el miedo y el culto al placer y al consumo.

Nuestra época se enfrenta a relaciones humanas que se suceden de manera cíclica, que se inician, prosperan y a continuación se marchitan y desaparecen. “Solo los amigos o los seres muy queridos rompen y dominan el ciclo. Conquistar el ciclo de las relaciones humanas y su muerte constituye la esencia misma del amor y la amistad. El hastío y el sentido de la futilidad son el destino del hombre tecnológico [...] y el determinismo y el fatalismo son aspectos, o incluso condiciones necesarias, de la sociedad tecnológica [...]. No hay alternativas a esta época y a su espíritu de autodestrucción” (p. 253). Estas últimas reflexiones, Donskis tienen la total aprobación de Bauman, quien cierra sus reflexiones de manera interrogativa, haciendo evidente las alternativas frente a las cuales nos coloca nuestra modernidad líquida.

Así termina este volumen que, recogiendo reflexiones anteriores de Bauman, avanza en la comprensión de las razones que han llevado en la modernidad líquida a una verdadera ceguera moral, que solo puede ser superada con la instauración de un verdadero humanismo, tarea en la cual las instituciones universitarias tienen especial misión, a condición de no dejarse dominar por los intereses utilitarios y tecnológicos prevalecientes en nuestra época.

Este largo diálogo entre Zygmunt Bauman y Leonidas Donskis tiene una función aleccionadora que merece ser tomada muy en cuenta.

JAIME RUIZ DE SANTIAGO

Departamento Académico de Estudios Generales, ITAM